

CARTA GANADORA DEL XIV CONCURSO DE CARTAS DE AMOR SAN VALENTÍN

“DIMISIÓN DEL CARGO”, de Lourdes Aso Torralba

El último relato ganador del Concurso de Cartas de Amor San Valentín del presente año 2020, como ya se informó anteriormente, correspondió a la carta titulada “Dimisión del cargo”, original de Lourdes Aso Torralba, de Jaca (Huesca).

A continuación, damos a conocer tanto el breve currículum enviado por la escritora como el texto que resultó vencedor en este certamen.

Breve CURRÍCULO de LOURDES ASO TORRALBA

Enfermera de Profesión. En la actualidad cuenta con premios y menciones literarias tanto en España como en Francia, México, Uruguay, Puerto Rico, Argentina y Ecuador.

Ha publicado en numerosas antologías colectivas. Entre ellos cabe destacar el Premio de Relato Mario Vargas Llosa 2008; Café Compás, de Valladolid; Clarín, de Quintes (Gijón); Miajadas; Villarrobledo; “Reyes Huertas”; Isla Cristina; Ayuntamiento de León; Sanlúcar de Barrameda; entre otros.

Publicaciones:

“Boca de agua” Ediciones Grafein (Relatos cortos)

“Dragon Rojo”, Ediciones Libresa Novela Juvenil

“Letras de Tinta” Ediciones Pregunta (Relatos Cortos)

“Cantavieja” Ediciones Ojos Verdes (Novela Histórica)

“Berto el pensamiento y el resto...” Ediciones de Salinas (Novela juvenil)

DIMISION DEL CARGO

Benidorm Primavera 2.019

Querido nieto:

Ya sé que te has reído de mi ocurrencia diciendo eso de “*abuelo, mola un mazo*” y que a gusto me habrías hecho un examen neurológico para comprobar si todavía sé que soy Tristán y si tengo los tornillos en su sitio. Pues has de “*chincharte*” porque sé muy bien lo que me digo.

No voy a contradecirte desde el principio, que alegrías bien que me has dado. Y todo el tiempo compartido, mientras tú crecías y yo me iba convirtiendo en un insoportable cascarrabias, será imborrable para ambos. Lo que no hice ni por tu padre y tus tíos lo he hecho contigo y de buena gana.

Pues verás Toñín, viniste a nacer en el momento oportuno, cuando me jubilaron porque ya había volteado el calendario hasta la edad en la que se supone que ya no servimos para mucho. Tengo que confesar que ya andaba camino de la depresión cuando te arrebaté de los brazos de tu madre y me volqué contigo. Querido mío, fuiste mejor que cualquier “*arregla-cabezas*” que dicen lo que tú estás pensando “*entreténgase usted y verá como deja de darle vueltas al tarro*” y encima te cobran por oírlo.

Tú entretenías lo suyo, tanto que apenas me quedaba tiempo para la partida de guiñote. “*Quién te ha visto y quién te ve. Perdonar tú por nada la hora del café*” me decían los colegas. Y tenían razón, pero tú berreabas como un poseso y como a mí me empezaba a menguar la oreja, era el único que te aguantaba. Lo hacía encantado, lo de cogerte en brazos, meterte el chupete en la boca y cambiarte los pañales evitando que me remojaras con tu puntería. Así que cuando “*el Manolo*” me decía que tenía menos arrugas y qué cuándo me marchaba a la mili de nuevo, le sonreía aguantando sus bromas, seguro de que un bebé alegre y rejuvenece a cualquiera.

Te colocaron en mi habitación cuando dejaste el pecho y allí empezó mi insomnio. Tenía que adivinar que te pasaba cuando te removías en la cuna llamando a tu madre. Mira que fuiste desagradecido y granuja, ya que por más empeño que puse en que aprendieras a decir “ya-yo”, tú nada, “ma-má” para llevarme la contraria desde bien crío.

No te lo tuve en cuenta mucho tiempo porque enseguida echaste a andar saltándote casi de cuajo la fase del gateo. Se ve que tenías prisa por mantenerte erguido y alcanzar todo lo que hasta ese momento te quedaba alto. En esa época acabaste con mi colección de barcos, con la foto de la abuela y hasta con mis gafas para ver de cerca. Y fue entonces cuando tus padres deberían haberte metido en cintura. Pero no, no lo hicieron porque no había que regañarte. Debías descubrir mundo y un grito podía dejarte sin iniciativas. Y no sé de dónde sacó tu padre aquella frase que luego repetías como un

pedante: “*No me grites que me frustró*”. ¡Pero que ibas a saber tú de frustraciones si apenas levantabas un palmo del suelo! De caprichos ya lo creo que venías resabido. A gusto habría dicho que yo eduqué a seis hijos sin echar mano de ningún “Manual del perfecto padre” y bien tiosos habían salido. Me callaba, claro, sobre todo porque el lumbago me hacía apretar los dientes. No estaba para encorrerte por los pasillos y bajarte a cada segundo de donde quiera que te hubieras aupado. Por más que te renegaba no había forma contigo. Hasta pensé en un arrebato de ingenuidad, que en cuanto empezases el colegio te apañarían el genio que te traías de tu madre.

Lo que no pude imaginar fue que pasaría de abuelo orgulloso a esconderme del resto de las madres cuando iba a recogerte a la salida.

Ya entonces debería haber dimitido pero venías con tu carita de puchero, echabas unas cuantas lágrimas para ablandar mi corazón y sacabas la excusa de que otro te había empujado o insultado antes. Niños y padres me decían con descaro “Ese nieto suyo es un demonio” y me lo tenía que aguantar.

Bien poco después, tus padres valorando que ya había ejercido bastante de “canguro perpetuo” e intentando aliviar mi carga, me cambiaron de “oficio”. Sólo te llevaría y recogería de las múltiples actividades a las que te apuntaron. Y tuvieron que prepararme un calendario para que no me hiciera un lío con los horarios del gimnasio, música, inglés, informática y natación, además de que cuando entraste en edad de comulgar había que llevarte a catequesis. Eso sí, con todas aquellas sesiones maratónicas para llegar puntual a los sitios, conseguiste que se mantuviesen a raya mis niveles de colesterol y glucosa y que gastara muchas zapatillas.

Cuando ellos no te daban algún capricho corrías donde tu abuelo, (que por algo me tenías cogido el punto) y sabías que era cosa casi hecha. Así que con mi reducida paga de pensionista tuve que hacer números para tu Play-Station, tus juegos de ordenador mata-marcianos, tus discos de música-hojalata y el móvil. Te reíste cuando me puse serio al verte mandar esos mensajes cifrados y cuando como tantas veces me puse a hablar de “cosas de viejos” y de la guerra. Pero tú no habías conocido otra época y no pude hacerte entender qué era el hambre o el miedo. Enchufabas tus pelis “made in Japan” donde los muñecos se mataban a velocidad de vértigo con espadas de rayos-luz y te quedabas tan *pancho*. ¿Necesidad? Esa palabra no existía en tu vocabulario.

Cuando para sorpresa mía quisiste que te enseñara a pescar salmones, no faltaron las bromas entre nosotros. Yo tirándote de la lengua para saber que chica querías que mordiese el anzuelo. Y tú poniéndote más rojo que un pimiento morrón y negando que estabas colado por aquella rubia y más en babia que otra cosa.

Fue entonces, en tu época de Instituto cuando supe que pronto echarías a volar pasando de tu abuelo. Antes, aún pediste la moto aquella que valía un dineral para acabar destrozándola mientras te

hacías el “chulito”. Terminaste en el suelo con un brazo y un par de costillas rotas, poca cosa para lo que podría haber sido. Y no escarmentaste ni aún cuando te contaron que con el susto, casi despachas a tu abuelo al otro barrio.

No tardaste mucho en marchar a la Universidad y yo en recuperar con alivio el cuarto para mí solo, pensando que así de golpe, se habían acabado nuestras diferencias. Iluso de mí, si en un abrir y cerrar de ojos llegaron las vacaciones y convertiste mi espacio recién ordenado en una pocilga, con tu cama sin hacer, el olor a marihuana pegado en las cortinas y las zapatillas del cuarenta y seis dispuestas para el tropezón y rotura de la crisma. Llevábamos el ritmo cambiado. Cuando yo quería dormir tú decías que estudiabas. A juzgar por el contenido del Play Boy que guardabas entre tus apuntes, (que yo puedo ser viejo pero no tonto), dudaba que fuese materia de estudio en esa Universidad de pago. Eso sí, a tus padres nunca les dije ni pío. Y cuando se hacía de día no podía hacer ruido porque tú, querido nieto, habías de dormir tranquilo.

Bien pronto tus ojos hinchados por la resaca y enrojecidos de Dios sabe qué, dejaron de verme. “*No me rayes*” me decías en un tonillo que daba ganas de cruzarte la cara. Y es que sólo venías a mí cuando necesitabas “*pasta*”. Pasé a convertirme en el abuelo-monedero y créeme, eso no podía consentirlo.

Acabaste con mi paciencia al verte “colgado” a todas horas viviendo de la sopa boba. No me quedó más remedio que ponerle fin al problema que tenía contigo. A veces pienso que quizá he tenido mi parte de culpa por malcriarte un poco. Sin embargo los remordimientos desaparecieron en cuanto se me cruzó esa idea por la cabeza. Estaba seguro de que aunque no había precedentes, más de un abuelo apoyaría mi iniciativa y si se armaba de valor, también estarían encantados haciendo lo mismo.

Ese fue el día, querido nieto en que me proclamé “ex” abuelo tuyo. Busqué una de esas agencias de viajes que anuncian vacaciones sin retorno y no me lo pensé ni un segundo. Casi con lo puesto me planté en Benidorm, desde donde te escribo esta carta. Estoy rodeado de mujeres rubias y morenas que me hacen reír, me dan masajes al colocarme la crema de bronceado y aunque me saquen los “*cuartos*”, por lo menos recreo la vista.

Desconozco querido mío como está el tema para reclamar los derechos legales. No obstante, yo soy octogenario y con lo lenta que va la justicia en este país, para cuando llegue el turno a éste “nuestro-caso” estaré bien muerto y a buen recaudo.

Diles a tus padres que no se preocupen, que no he perdido la cabeza. Quizá cuando haya *pulido* todos mis ahorros me replantee lo de recuperar de nuevo el título de abuelo.

Se me hace raro lo de “ex” nieto, sobre todo cuando gracias a ti, ahora estoy en el paraíso.

Tristán, tu “ex” abuelo